

PALAFOX Y MENDOZA, JUAN DE (1600-1659)

ABECEDARIO ESPIRITUAL

Con un Abecedario a la vida interior que ofrece a los fieles del obispado de la Puebla de los Ángeles y a las demás almas católicas, Juan, Obispo de la Puebla

Ibunt de virtute in virtutem, videbitur Deus deorum in Sion.
(Psalm. 83. v.8.)

En todos los tiempos, fieles, somos deudores los Prelados a la divina presencia y meditación de las cosas celestiales; pero entre todos, mucho más en el que corre desde la resurrección a la ascensión del Señor. Todo el año nos está representando la Iglesia los misterios de nuestro remedio, porque comienza el Adviento con los deseos de los Santos Padres de que llegase el prometido de Dios a su pueblo, refiriendo aquellas altas profecías, hasta que las fervorosas ansias de la Reina de los Ángeles en su expectación nos manifiestan el Verbo Eterno en su Nacimiento. Nace apenas, cuando la adoración de los Reyes, la Circuncisión, su huida a Egipto, el haberle perdido en el templo, nos explican que andaba padeciendo y perdido de amor por sus criaturas. Comienza en la Septuagésima a referir los pecados que vino Dios a curar, haciendo memoria al hombre de la culpa de nuestros primeros padres; y ya los evangelistas nos van refiriendo los milagros de la vida del Señor, sus pasos, y su doctrina. Llega la Cuaresma, y aquella sagrada historia nos explica sus parábolas, sus pláticas, sus sermones, sus disputas, sus trabajos, sus persecuciones, las calumnias, afrentas, tentaciones, tribulaciones que padeció por nosotros. Llega la Semana Santa, y se celebra la misteriosa representación de su pasión dolorosa, y allí padecemos y allí morimos, consepultados con Cristo Señor nuestro en su muerte y pasión atribulada, resucitando después en su inefable y real resurrección.

Y de la manera que pasaron el desierto por el mar Bermejo los hebreos, guiados de Dios, y por Dios de Moisés; así por las aguas, y amargura del llanto y tribulación, y por aquel mar y méritos de su sangre, pasamos de la dura tiranía de las pasiones de Egipto a la paz, quietud, sosiego y serenidad de la vida espiritual. Y así como también por el desierto de las penas pasó el hebreo, renovándose en él hasta llegar otro hombre a la tierra prometida, pasan las almas renovadas con el dolor, la contrición, y las lágrimas de aquel santo tiempo a éste, blancas, puras, y como dice San Pedro: «Quasi modo genito infantes», como niños recién nacidos en inocencia y pureza.

Acostumbraba la Iglesia primitiva bautizar en la Pascua de Resurrección a los neófitos y recién convertidos a la fe; y a los que había lavado en la Semana Santa la sangre de Jesucristo, vestía de gracia el bautismo en la Resurrección. Andaban vestidos de blanco hasta el domingo siguiente, a cuya causa se llama dominica in albis la primera, por ser el día que parecían todos en la Iglesia con lavestidura blanca a dejar la exterior, y quedar

para siempre vestidos de la interior. Y así, fieles, hasta ahora todo fue llorar, gemir, dolerse, y condolerse en las penas del Señor; ya desde que resucitó su Divina Majestad con de alegría las lágrimas, y de gozo los afectos.

*Sat funeri, sat lachrimis,
Sat est datum doloribus,
Surrexit extingtor necis,
Clamat coruscans Angelus.*

Hasta aquí todo era huir y desterrar los pecados, ahora huyendo de ellos ha de ponerse el cuidado de ejercitar virtudes: hasta aquí como perseguidos y afligidos con la penitencia y el dolor, todo era tribulaciones y penas; ya sin dejar de la vista la penitencia, todo ha de ser consuelo, gozo, alegría; y así veréis, que todas las voces que nos da la Iglesia, son para que nos alegremos en el día del Señor, y le acompañemos en el gozo, si de verdad le acompañamos en la pena y en la muerte. Señala San Pablo por indicación de si resucitamos con Cristo, ver si alzamos los ojos a la consideración de las cosas celestes, y si el favor del hombre, después de resucitado a nueva vida, busca lo temporal o lo eterno: «Si consurrexistis cum Christo, quae sursum sunt quaerite, ubi Christus est ad dexteram Dei sedens: quae sursum sunt sapite, non quae super terram».

O fieles, si es que resucitasteis con Cristo, buscad con las virtudes al cielo donde está Cristo, no busquéis los gustos temporales y transitorios donde nunca está, ni ha estado. Siempre vive Jesús Nuestro Señor en las virtudes y nunca entre los deleites. No es en su morada, como decía el santo profeta Job: In terra suaviter viventium, no en la tierra de aquellos que ponen toda su felicidad en los gustos de la tierra. ¿Quieres saber si has sido sepultado con Cristo en su pasión?, veráslo si buscas a Cristo en la resurrección, y de ahí colegirás si subirás con Cristo en la ascensión.

En aquel santo y penitente tiempo sembramos el fruto, que ahora tenemos de coger; y si entonces íbamos derramando dolor, gemidos y contrición, mittentes semina sua, volvamos ahora llevando manípulos de alegría, cum exultatione, portantes manipulos nostros. De la manera, fieles, que por esta vida atribulada vamos llorando a la eterna, y la que aquí es pena, allá es gloria; así en el santo tiempo de la Cuaresma vamos padeciendo al de la Pascua florida, y lo que en aquel fue penitencia, en éste es gozo.

¿Qué se ha hecho con tantas pláticas y sermones? ¿Qué se ha mejorado con tan graves mortificaciones y penas, demostraciones públicas de contribución y llanto, sangre derramada con penitente mano y dolor, cruces materiales, símbolo de las formales, procesiones de penitencia, y silencio? ¿Fue todo esto otra cosa, que pedir a Dios con llanto remisión de los pecados en el tiempo de su Pasión, para que lavados con su sangre, y purificados con su muerte atribulada, tengan disposición las almas de ejercitar las virtudes en su resurrección gloriosa?

Ahora es, pues, el tiempo, sepultados con Cristo, de parecer ejercitando las virtudes resucitados con Él; y si con Él resucitasteis, quae sursum sunt sapite, buscad lo eterno y celestial, no os detengáis, ni entretengáis en lo caduco, deleznable y transitorio. Levantad

los corazones a Dios, como lo manda la Iglesia; y los que cargados de culpas, oprimidos de su peso, vivían enterrados en la tierra de los muertos, ya purificados de ellas, vivan con Cristo resucitados en la tierra de los vivos. Pero porque decía San Pedro a las plantas tiernas en la virtud, que como niños recién nacidos a la vida del espíritu pidiesen la leche de la doctrina: Quasi modo geniti infantes lac concapiscite; me ha parecido, como Prelado, aunque indigno, ofrecer, y poner a mis ovejas los primeros rudimento de la vida espiritual en la mano, y en ellos algunas luces y documentos con que la puedan seguir, comenzando, como lo hizo el rústico de Suevia con el santo maestro Juan Taulero, honor de la religión sagrada de Santo Domingo, por las letras iniciales, que ofrecen las primeras noticias a los niños.

Nadie sea, fieles, tan presumido, que desprecie la enseñanza: lea con humildad lo que sólo con ella puede serle de provecho, que el que creyere que sabe más de aquello que se le enseña, ya es cierto que ignora mucho más de lo que piensa que sabe. Es esta ciencia de humildades; y así a nadie avergüence verse con la cartilla en la mano, que si él sabe bien, y ejercita estas primeras letras de las ciencias, para lo más importante, todas las ciencias le sobran.

En este Abecedario Interior hallará buena parte de la vida espiritual y a consejos y breves sentencias reducido lo que volúmenes muy grandes apenas acaban de explicar. Bien habrá cosas que no acierte a percibir el niño, a la virtud recién nacido, aunque sea hombre muy grande; pero trabaje para entenderlas con obrarlas. En la ciencia moral, y natural, y otras, se aprende discurrendo, mas en la mística obrando. En aquéllas todo lo fragua el entendimiento, en ésta la voluntad.

Y porque en los primeros rudimentos, que se ofrece a las letras de los niños, hace cabeza, o la Cruz, o nombre de Jesús, entienda el que ha de aprender esta ciencia, ha de seguir a este Señor con la Cruz sobre los hombros, como su Divina Majestad nos lo enseña: Si qui is vult venire post me, abneget semetipsum, tollat crucem suam, et sequatur me. Por eso digo, que ésta es ciencia de seguir, no tanto de discurrir; y todo lo que en otras con discursos, aquí con pasos.

Es la primera letra de esta cartilla Jesús, letra que incluye toda la sabiduría de su eterno Padre. Esta es la letra inefable, que tuvo eterno principio, y tiene eterno el fin, porque no tiene fin, ni pudo tener principio: Primus, et novissimus; et vivus, et fui mortuus; et ecce sum vivens in saecula saeculorum; el primero, el último, el que murió, el que vive para siempre: el primero, porque fue eternamente engendrado en la eterna mente del Padre; el último, porque aquella eterna generación no tiene fin; el que vivió entre los hombres para redimir los hombres; el que fue por ellos muerto para darles vida; el que por ellos resucitó, y vive Dios Hombre resucitado y eterno, para llevar a sí resucitados los hombres.

¡Oh nombre dulcísimo de Jesús! Letra inefable, palabra eterna del Padre, sabiduría de toda su comprensión: Alfa y Omega, principio y fin de las cosas. Letra que desearon ver los patriarcas y profetas, en que estudiaron los apóstoles, mártires, vírgenes y confesores; letra en que tienen principio nuestros bienes, donde hallan su fin y remedio nuestros

males: dictadnos, sabiduría eterna, la dulce ciencia de seguiros y de amaros. Y pues Vos, Señor fuisteis solo al redimirnos, seáis también nuestro único Maestro al enseñarnos.

Y para que sepáis, fieles, cómo habéis de disponer los pensamientos, palabras y obras, de suerte que con todo agradéis a Dios, sirváis a Dios, busquéis a Dios, os repito ese Abecedario Espiritual, en que veréis, que cada letra os enseña, os advierte y os encamina a buscar el gusto de Dios, a obrar según su santa voluntad; y para que obréis según ella en todo, el uso frecuente de este abecedario os lo mostrará; y para eso habéis de traerle con vosotros, leerle repetidamente, y mas cuando queréis hacer algo fuera de lo común, que entonces, recurriendo a la letra del abecedario, que corresponde a la obra que pensáis hacer, ella oí; dirigirá para que acertéis y no erréis, y Dios sea servido y glorificado, y vuestro espíritu y alma queden mejorados.

ABECEDARIO ESPIRITUAL

A

Acérquese a lo mejor, huyendo de lo imperfecto, como si fuese malo. Para esto haga firme propósito de dejar todo aquello, que puede serle impedimento a lo bueno. Nadie llega a la obligación si no aspira a la perfección; que la fragilidad de nuestra naturaleza es tal, que nunca logra lo que basta, sino busca lo que sobra. Tanto más, que en el camino del espíritu, ni hay cosa que baste, ni cuidado que sobre, porque es tan grande su importancia, que siempre es inferior el desvelo a la conveniencia; y así aspire a lo perfecto, si quiere conseguir lo obligatorio, y podrá ser que la gracia del Señor le conceda el asegurar lo obligatorio, y alcanzar lo perfecto.

B

Busque al Criador, y huya de las criaturas, y entienda el alma, que nunca está más bien acompañada, que cuando está sola; y si necesitare de hablarles, trate a los que le aprovechan, y no a los que le entretienen. La abstracción de esto visible cría amor a lo invisible. Y cuantos pasos damos para apartarnos de lo criado, tantas bendiciones y coronas nos da, y previene el Criador. Pues Dios nos crió para sí, vivamos sólo para Dios, y con Él tratemos, y confirmemos. Ser de uno, y servir a otro sin voluntad de su dueño, es señal de ingrato esclavo. ¿Cuándo podremos hallar Señor, que así nos ame, nos sustente, nos sufra? El trato preciso de las criaturas en el que es obligado a encaminarlas, no le aflija al que ama a Dios; sola con su divina majestad está el alma cuando trata y asiste a aquello que le han mandado. No se mide la soledad por el número de los hombres, sino por el asimiento de los afectos, y el solo, puede estar acompañado y el acompañado, solo.

C

Camine en silencio y esperanza, sufriendo y padeciendo, y para eso ame la mortificación voluntaria y padezca la necesaria; de las penas voluntarias amemos las que humillan las potencias. No tiene la culpa el cuerpo de lo que tú pecas, alma. Así como para lo malo te vales de tus potencias a esas has de hacer la guerra, y para vencer a ellas, al cuerpo, y a sus sentidos. Bueno es mortificarse el alma, mejor ser mortificada, porque allí corre riesgo de la propiedad en la elección, y aquí, en habiendo paciencia, se halla sin la vanidad el mérito. ¡Oh fragilidad humana, que en medio de lo perfecto te está haciendo sombra lo imperfecto! Y la penitencia, y la limosna, virtud santa y amable, vive necesitada de recatarse al obrar. Apenas alargaste la mano derecha al socorro del pobre, cuando hace sombra la izquierda de que te ven limosnero. Por eso dijo el Señor: No sepa tu izquierda lo que hace la derecha. Apenas tomas en ella la disciplina, cuando se despierta la propia satisfacción de que ya eres varón penitente. Por eso dejó vinculada la disimulación a la pena, la alegría a la mortificación. Todavía desprecia la sombra, y sigue la luz; y ni por el recelo de lo malo dejes lo bueno, ni consientas dentro de lo bueno lo malo. Vence en lo bueno lo malo, con San Pablo: Vince in bono malum. Pero las tribulaciones que Dios envía, los instrumentos con que labra, son limpios y desasidos; y así tanto son más seguros, cuanto tienen en su voluntad, y no en la nuestra, el mandar, y se conforma con la suya la nuestra en el padecer. ¡Oh amables trabajos y enfermedades! ¡Oh, santas persecuciones y afrentas! ¿Quién puede recibirlos sin amor, siendo todas perfección sin propiedad, corona sin riesgo, mérito sin vanidad?

D

Déle cuenta a Dios de cuanto le sucede, como si no lo cupiese. Con su Divina Majestad trate lo que ha de hacer, y le ofrezca lo que ha hecho. Nunca se aparte de su presencia, y para esto haga, y busque muy eficaces medios y remedios. Alma, a Dios has de tener forzosamente presente, o como juez si pecas, o como esposo si sirves. En tu mano está elegir la corona, o el castigo. Es la presencia de Dios la seguridad y alivio de la vida espiritual. Sólo con tenerlo delante se recrea el alma, y se aprovecha. El que en todas partes está, no se siente suave en todas partes; y donde raras veces deja de sentirse, es donde nunca deja de considerarse. ¡Qué bien pelea el soldado teniendo a la vista el premio! ¡Qué valor muestra, cuando los ojos de su Rey le esfuerzan! ¿Quién seme, si vive como a quien le mira Dios? ¿Quién recela, si obra teniéndole presente? No sólo alienta la presencia divina al alma, sino que la recrea, y enternece, repartiendo el Señor con mano liberal las unciones del espíritu, para que corra y vuele en ella la virtud a la perfección, la perfección al amor, el amor a la posesión. ¡Oh caridad ardiente, que te crías en los brazos de la presencia divina! ¡Qué eficaces e indisolubles lazos formas entre Dios y el alma! Lazos que no se rompen con la muerte, antes se hacen eterno con la eterna vida. Para acordar nos de Dios, ningún medio hay igual, como olvidarnos de Él, que si nos olvidamos al obedecerle, presto nos olvidaremos al considerarle. La sustancia de la virtud es obrar lo bueno por Dios; y la circunstancia más amable, no sólo obrarlo, sino acordarse de Él al obrarlo. Si falta la sustancia, mal puede consistir la circunstancia. Por eso, alma, donde primero has de poner tu intención, es en agradecerle con las obras, y luego

considerarle, y contemplarle. ¿Quieres, dejando de caminar, volar? Sirve a Dios, acordándote de Dios; y cuantos pasos des en lo exterior a la obediencia, tantos afectos ofrece en lo interior al amor. Estas dos alas te unirán en un instante con aquella eterna caridad que nos enciende para que le busquemos, y nos alumbrada para que le sigamos.

E

Enséñese a ignorar, y comenzará a aprender, y entienda, que entonces sabe más cuando conoce que entiende menos. Cubra con la vergüenza el entendimiento de haber discurrido sin discurrir, y haber alcanzado sin alcanzar lo que más le importaba. Pida a Dios que le alumbrada sus ignorancias y la llene de sus luces. Guárdate, alma, del entendimiento, que suele embarazar la voluntad, la cual, cuando ha de desasirse de todo para hallar a Dios, se hace de su mismo entendimiento. Ha de ser, éste, luz que guíe, alumbrado de la gracia, no que entretenga, y divierta a la que guía, porque si lo que me alumbrada me ciega, lo que me guía me pierde. El entendimiento suele ayudar a salir de lo malo a lo bueno con la consideración, y tal vez embaraza de lo bueno a lo perfecto, porque privada la voluntad de las pasiones que le entretenían, se busca en alguna cosa, por no saberse entregar del todo a Dios, y no halla otra más a mano, que el mismo que la acompaña. Detenerse caminando en el camino, no es parar, sino salirse de él, que en la vida del espíritu es retroceder el detenerse. ¡Oh voluntad sencilla! ¡Oh vejezuela pobre, que con corta luz natural caminas más y mejor! No se hace la guerra del espíritu con el entendimiento, almas devotas, sino con la voluntad: ésta busca Dios y de aquél no necesita. En usando del entendimiento, es necesario dejarlo, porque el que ha de persuadir para Dios solo, no persuada para sí. ¡Oh condición miserable de los hombres! ¡Que tengamos de quien recatarnos dentro de nosotros mismos, y cuando bien venzamos los impedimentos exteriores, queda bien que guardarse en los más interiores y secretos; antes todo aquello que se forma fuera prende, arde, y nos lastima allá dentro! ¿Qué medio hay para nuestro ejercicio en la vida espiritual, que no pueda disponerse para nuestra perdición? Las ocupaciones mismas del gobierno, de que no podemos huir; y lo que es más, las de nuestra vocación, ya nos engañan, ya nos divierten, ya nos entretienen, o detienen, y en cada paso se nos forma un lazo. El amor del padre a los hijos, el de los hijos al padre, el del Prelado a los súbditos, el de los súbditos al Prelado, y así de todos los otros, suele hacer menor el que se debe a Dios, por repartirse primero en sus criaturas, y aquello que es mérito ordenado, en excediendo un poco ya es asimiento, y peligro. Esto le obligó al Señor a encomendar el perfecto odio a los padres, y a cuantos pueden detenernos en este santo camino, como quien desea asegurar en el corazón del hombre la divina caridad; advirtiéndole, que no nos engañen las miserias, y propiedades del amor humano: Qui non odit patrem suum, et matrem... non potest meus esse discipulus. No encomienda el aborrecer a los padres y a los hijos este Señor amoroso y benigno, sino que cela el amarles, reformando en las almas el amor con este santo aborrecimiento, para que amen los hijos a sus padres naturales, respecto del Padre Eterno, con aquella infinita inferioridad, que va de padre hombre, a Padre Dios. De todo se vale la naturaleza al caminar el alma por la delgada y desnuda senda de la gracia, para entretenerla y detenerla; ya la desvía a la izquierda con el odio, ya la inclina a la diestra con el amor, por sacarla del camino. Pero al fin, no dejes de pasar adelante, alma devota, aunque sea

con estas preciosas tribulaciones, no desanimes, ni descaezcas; tarde podrás andar a vista del sol sin sombra; recátate de todo para no asirte de cosa; procura, que ni el recelo de las propiedades te acobarde, ni el descuido, por no recatarte de ellas, te retarde; cree, que no dejarás de padecer estas necesarias penas; pero que si a ellas no te rindieres, no son culpas, que no es todo uno en las interioridades del espíritu el sentir y el consentir.

F

Fuércese a lo que menos le agrada y ame lo que más le descontenta, y entienda, que el reino de los cielos y el amor divino se ha de alcanzar venciendo con la fuerza de la gracia las rebeldías de nuestra naturaleza y echando de sí la propia voluntad para que entre la divina. El seminario de todas las desdichas del alma, y aun de la vida, es la propia voluntad, la cual como se ama a sí más que a todos, todo lo desprecia, y a todos los pisa por gozarse en sí. Mírase en sí misma como en un espejo, y las líneas de su amor crecen, y cobran más fuerza con el estarse mirando; y tanto cuanto más pesa este necio cuidado de amarse, le es más eficaz para perderse. ¿Quién se ama a sí, siendo la misma fragilidad? Mas antes bien, porque es la misma fragilidad, se ama a sí mismo. ¿Quién halla en sí qué amar, si no saliere de sí? ¿Somos más que un nido de serpientes, y un lecho de basiliscos? Aparta los ojos, alma, de ti, ponlos en Dios, pídele que entre en ti, para que salgas de ti. ¿Quién abrasa el mundo en guerras, sino la propia voluntad? ¿Quién turba la paz? ¿Quién enciende las discordias? ¿Qué otro embarazo halla Dios en nosotros, sino nuestra voluntad? La cual, cuando ha de ser su descanso, es su fatiga; cuando ha de ser su alivio en el pesebre, es su Cruz no en el Calvario. ¡Oh! salgamos, Señor de nosotros, y acabad de entrar y reinar en nosotros. Entrad, Espíritu Divino, salgan y huyan los efectos del espíritu maligno. Entrad, luz eterna, salgan las tinieblas de nuestras miserias, y entre la beneficencia de vuestras misericordias. Entrad, rey, triunfando, pues vencisteis, salgan los viles esclavos de las pasiones, por los méritos de vuestra santa pasión. Entrad, Redentor, a redimir vuestro esclavo, quitadle las sutiles cadenas, gruesas al deshacerse, delgadas al conocerse. Entrad, Jesús mío, y deshacedlas, porque con toda verdad os cante: Dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostias laudis.

G

Guste de no gustar nada, sino sólo a Dios, cuyos gozos son sobre todo gozo, y no pueden conocerse los espirituales, si no nos negamos a los temporales. Tenga por penoso día el del vano contentamiento, y por alegre el de la compunción, y ésa promueva delante del Señor, señaladamente a solas; ¿pues quién hay, que no tenga mucho que llorar en esta vida?, y las lágrimas le causarán presto alegría verdadera. Esta, que parece alegría en el mundo, es engaño; cuando mucho, no es más que un divertimento del pesar. Es tan frecuente el padecer en nosotros, que ya el no padecer se tiene por alegría; y cuando no es sino privación del dolor, lo abrazamos por contento. A esta causa duran tan poco estos gozos transitorios, porque apenas cesa la congoja, cuando vuelve a sobresaltar al divertido otro cuidado, y en tanta prisa de padecer, apenas se da lugar al respirar. ¡Oh alegría espiritual, que no sólo recreas cuando te siente el alma, sino cuando no te siente, y

allí vives más segura, cuando dentro de la pena la recreas! Nada me agrada, decía un espíritu verdaderamente grande, sólo me agrada que nada me agrada. Mira, alma, que hallaba este santo el gozo en el pesar, y en el disgusto el gusto. Cuando el deleite regala dentro de la misma pena, ¿qué hay que temer a la pena? ¿Ni qué tiene que recelar el alma, que halla el contento en el tormento? Gusta y verás, alma, qué suave es el Señor, aun cuando menos suave atribula a las almas; porque entonces si con una mano corta y aflige; con otra abraza y consuela. ¡Oh gozos espirituales, qué lejos que dejáis los naturales! ¡Oh qué puros, que constantes, qué desasidas y libres! Gozo en que queda el alma superior al gozo, y dentro del gozo desestima el gozo: una alegría, que ni la cautiva, ni la arrastra, una recreación sin imperfección, una libertad sin vanidad, una riqueza sin embarazo, un poseer sin congoja. Tanto goza el alma en el padecer, que cuando a Vos, Dios mío, no nos llevara la gloria, que se espera en el fin, pudiera llevarnos sólo la que se experimenta en el camino, bastante en el más atribulado a hacerla fin muy condigno de sus penas.

H

Haga grande esfuerzo el alma en conocerse, pues que la conoce Dios, y sabe hasta dónde llega su miseria, y entienda que el día que fuere tan dichosa, que por Dios hubiese guardado su regla o perfección, o el recto uso de su estado, en aquel, es bienaventurada; y después de eso en el que más hace, es en el que más le debe, pues le alienta a lo que obra, y le perdona lo que olvida, por ser igualmente poderoso al ayudar, y compasivo al perdonar, y así nos esfuerza a que le sirvamos, como se compadece de lo que no podemos o no acertamos. Finalmente él conoce nuestro barro. No te desalientes, alma, el no poder ajustar a las obras los deseos: Dios recibe los deseos, y purifica las obras. Haz en ti lo que pudieres, que el Señor suplirá hasta lo que no pudieres. ¿Quién somos nosotros para que podamos tenernos en nuestros pies, si no nos sustenta vuestra gracia, Jesús mío? Estatuas de Nabucodonosor con los pies de barro, y luego los otros metales de lo mismo. Tierra somos, y en tierra nos resolvemos, y el alma de más noble materia que el cuerpo, obra enterrada dentro de la tierra que la oprime. ¡Oh infelices hombres! ¿quién nos librá del cuerpo?, decía San Pablo. Donde la parte inferior pelea, y tal vez vence, y ata a la superior, donde no en pocas ocasiones hacemos lo que aborrecemos malo, y no hacemos lo que deseamos bueno. No se aflija el que tuviere ardiente amor al Señor, cuando se vea fluctuar en imperfecciones, que Dios le labra con la humildad, y la sangre que sale con lo imperfecto, se cobra en el conocimiento que le dan de su miseria. Mira, alma, lo que es necesario para humillarte, y que te conozcas; que pasa Dios por tus imperfecciones, a trueque de que acabes de conocerte, y te labra con tus culpas a costa de sus ofensas. ¡Oh Jesús mio, quién pudiera ser humilde sin ofenderos, y llegar al conocimiento de la propia iniquidad sin lastimaros con ella!

I

Impóngase a sí misma el alma con consejo de su padre espiritual, leyes que no quebrante la naturaleza, antes la quebranten a ella, y para esto haga un diario secreto de lo que ha de hacer desde la mañana a la noche. Sobre la regla de su profesión siga otra interior, que se

conforme con aquella, sin salir de ella, tomándose cuenta al día, y examinándose delante de Dios, y pidiéndole perdón de los defectos, que en su observancia hallare. Vaya con vista superior mirando, y registrando esta región inferior, y apenas la voluntad, bajamente impelida del afecto, se desvíe, cuando la propia observación la prenda, y con santa censura la corrija. Una vara vigilante ha de ser la parte superior del alma, vara en la rectitud, vigilante en la atención. Luego sobresalen los afectos, y dentro de lo bueno, al que trata de mirarse, y censurarse, no se le esconde lo malo. ¡Qué pocos se pierden porque les falta la luz! Piérdense porque huyen de ella, y bien halladas con las tinieblas, no quieren abrir los ojos. Vaya reprobando el alma con vara de censor lo imperfecto, y excluyéndolo, agregando lo perfecto, y abrazándolo. Esta es la vista sencilla, que hace resplandecer todo el cuerpo, como nos dijo, el Señor: Si miras a Dios para que te dé lo bueno, aborrecerás lo malo, verás lo bueno para seguirlo, lo malo para dejarlo. Mira como quieres, alma, que así como quieres miras. Arda tu voluntad, y verá tu entendimiento. Si ella se halla sin calor, mal puede hallarse él con luz. Ciega tu voluntad en las cosas temporales, amando; ciego está el entendimiento en las sobrenaturales, discurriendo. Abra ella los ojos, y él los abrirá también, verás, y amarás, don sencilla y santa vista.

K

Karitativamente traté a toda suerte de gente, y eché del corazón afectos de pasión desordenada. Guarde la lengua, que no sólo se explica en lo que aborrece, sino que hace que crezca el aborrecimiento, porque con lo que descansa se aumenta, y nunca le faltan razones para hacer la sinrazón. Cautívase al padecer, y ciérrese al discurrir, que en poniéndose a la tela del juicio, cuando le parece que vence su discurso, es que le está venciendo su pasión. La caridad con las criaturas es la sazón del perfecto y prudente trato entre ellas, porque las sabe el bueno sufrir, y no las acierta a lastimar. ¿Quién ama a Dios, que no ame a las criaturas, siendo un rayo, un resplandor de la caridad divina la humana? Conócese, Jesús mio, vuestro amor al hombre, en que vuelve el amor del hombre a Vos, de Vos al hombre. Como Vos tirasteis las líneas de vuestra caridad ardiente a las almas, así queréis, que si os ama el hombre a Vos, ame a las almas. Como quien dice: nadie me ha de amar, sino ama lo que yo amo. Y para ver si es verdadera caridad la que os tiene el hombre, la registráis en el amor de los hombres. ¡Oh fineza liberalísima de vuestro amor ardentísimo, que no hacéis evidente que os amamos, cuando a Vos van los rayos de nuestro amor, sino cuando tocados en Vos se reparten en nosotros! ¿Quién, Señor mío, ama cosa en lo criado, menos que tocándola primero en vuestro amor? Pues si Vos, Jesús mío, para ver si os amamos, nos examináis si nos amamos en Vos, ¿cuanto es más razón que nos amemos con Vos, y sin Vos no nos amemos? ¡Qué apacible que es la caridad, y qué cortés el espíritu! Suple con la generosidad aquellas desconfianzas, que ocasiona el hombre al hombre. ¡Qué de oprobios, e injurias se consumen en el horno de la caridad del bueno, y consumidas cesan los duros efectos, que causaran conservadas! Alma, guárdate de aborrecer, que es traer a cara el dolor; y más pena te tomas con el odio, que te han dado con la injuria.

L

Lea libros de provecho, y con la lección mezcle la meditación. Aprenda de las aves, que apenas beben para mitigar su sed, cuando alzan al cielo la cabeza para darle gracias. Así el alma vaya dando los ojos en el libro a la lección, y alzando los de la contemplación: pare en lo que lee, para reparar en lo que lee, no se haga la lección recreación. No sólo aparte de sí libros nocivos, sino vano, elija siempre los buenos. No hay dolencia espiritual, que no halle su medicina y consuelo en los santos y sagrados, y estos nunca dañan, y siempre aprovechan; con quien leyere volúmenes de vida, puede asegurarla, y no arriesgarla. ¡Qué de veneno ha entrado en el alma mirando! ¡Qué de veneno leyendo! Lloren los ojos los delitos de los ojos, y las hojas, que habiendo de ser luz a la verdad, y persuasión a la virtud, han sido fomento a los vicios, y retórica al engaño. ¡Oh cómicas indecencias! ¡Oh lo que os debe lo malo! ¡Qué de corazones persuadís a lo peor, sólo con dejaros leer! Crece el número de los malos al hallar dulce lo malo, y allí va desalada la voluntad a cebarse donde se recrean las potencias. Entran las almas sencillas en este daño, como en materia muy fácil y tolerable, que no tiene objeto presente, que cause horror; pero el veneno oculto, que arde con secreta llama, que encarna en ellas con estas infames alegrías, y hiere al alma, que entrando pura sale impura. Los secretos vicios del cómico, que sutilizó infame y larga meditación en su retiro, se aplauden en los teatros, y de allí públicamente aprobados, se ejecutan en las casas. ¡Oh Señor mio! ¿mas si estos daños públicos que vemos, tienen secreta influencia con aquellos públicos aplausos que miramos? Si queréis purificar con lamentaciones públicas lo que con públicas aprobaciones profanamos. Lloremos lo que vimos, lloremos lo que leímos; y si manifiestas relajaciones irritaron vuestra justicia, manifiesta compunción y reformación solicite vuestra piedad y misericordia.

M

Mortifíquese, si quiere que muera en sí la voluntad propia, y asegúrese, que aunque se siente dolor, porque se destierra el gusto, nace otro gusto, donde cesa el dolor; porque nace el gozo de padecer por Dios, despreciando el gusto de gozar sin Él. Nuestra propia voluntad es la que lastima, y la voluntad de Dios la que recrea. Aquella es madre de penas y dolores, ésta de gozos y favores. Los trabajos que padecemos no nacen, alma, de la causa, sino del sujeto, porque el tener voluntad propia en nosotros, hace que puedan lastimarnos los otros; pero si solo reinase la voluntad de Dios en las almas, ¿quién bastaba a afligirlas, ni quién es poderoso a atribuirles? Exento está el corazón que ama a Dios de todo lo que no es Dios. ¿Qué le pueden quitar al que a Dios ama? ¿Qué mano tan superior puede ser sobre aquél de que sólo Dios es objeto? ¿La vida?, ésa no pesa. ¿La hacienda?, ésa no importa. ¿La honra?, ésa no estima. ¿Puede haber cosa que le aparte de Dios, si él no se aparta? La tribulación le acerca, la persecución le estrecha, la calumnia le enlaza, la muerte le une. ¡Oh Señor! sólo por vivir privilegiadas de penas pueden amarnos las almas. ¡Qué de sugerencias reconoce el amor propio! ¡Qué de exenciones el divino! ¿Queréis libertad, fieles, queréis gozo, queréis riqueza, queréis descanso? Amad solamente a Dios. Corta jurisdicción la de lo malo en el bueno, pues lo más que puede es condenarle a penar, cuando es su gozo el penar. Gran preeminencia la del bueno, hallarse

libre en todos sucesos; si goza, porque goza; si pena, porque pena; la pobreza le alegra, la persecución le alivia, la afrenta le mejora, y la calumnia con rostro alegre tolera. ¿Qué es la causa de tan exenta jurisdicción? Porque tiene el corazón exento de lo criado, y sólo en el Criador: porque ama a un Dios perseguido, afrentado, calumniado; y en llegando a vista de esta consideración, y de esta deuda, todas las penas son cortas.

N

Nada desee, nada procure, nada busque, sino al todo, que se halla con querer nada. Sea la privación de las cosas toda en posesión, y su riqueza; y crea que entonces está llena el alma, cuando está vacía; porque Dios y el amor propio, son como la luz y las tinieblas, que no puede entrar aquella, si no salen éstas y todo lo que deja la propiedad, llena, dora, y vivifica la caridad; y tanto menos tenemos de Dios, cuanto más tenemos de nosotros. ¿Quién se entrega a los deseos, que ame la verdadera quietud, no pudiendo conservarla y conservarlos? Nadie desea, que pueda decir que goza; porque hasta que llega a la posesión, siempre le inquieta el deseo. Posee apenas, cuando vuelve a desear, y de esta suerte desestimando lo que consigue, anhelando a lo que desea, pasa esta vida mortal con mortal pena. Aquella filosofía, que llegó hasta lo que pudo sólo con luz natural, por eximirse de ajenas jurisdicciones dejaba de desear. ¿Quién hay que desee, que al instante no viva necesitado? ¿Quién hay que nada apetezca, que no esté rico? En tu mano está, hombre, vivir muy pobre, o muy socorrido. Esto es una natural filosofía, ¿qué será en la sobrenatural? ¿Qué desees, corazón? No hay cosa que te merezca. ¿Qué desees? ¿Fama? ¿Cual más frágil que la fama, viento inconstante, que a la mañana ensalza al que a la tarde infama?, deleite vano, que tiene su consistencia en el ajeno albedrío. ¿Desees honra? ¿Qué es la honra, sino una opinión imaginaria, sujeta a tantos juicios desconcertados, a tantas pasiones desordenadas? ¿Honra puede llamarse a la que no está en mi mano tenerla, estando el merecerla en mi mano? ¿Desees hacienda? ¿Qué es la hacienda, sino un inconstante embarazo? Poseído, avaricia; deseado, codicia. Si se tiene, no se goza; si se gasta, se pierde. Sujeta al tiempo, a la calumnia; al pleito, a la guerra, al tributo y a tantos y tan innumerables accidentes. ¿Desees vida? Qué es la vida más que un soplo. Apenas nacido el hombre, y ya desaparecido, ligera velocidad del engaño, instantáneo relámpago del tiempo, que apenas alumbra, cuando lo sepultan las tinieblas del olvido. Pues si lo más que hay que desear es fama, honra, hacienda, vida, y esto es nada, ¿qué tienes que desear, corazón? Desea aquellos bienes celestiales, que ni el ladrón los roba, ni la polilla los consume, ni la violencia los arrebatada, ni los muerde con diente impuro la envidia. Deseos que se compadecen con la posesión, porque suple en el destierro el amor divino a la criatura con sus dulces sentimientos la perfecta gloria que le falta, hasta llegar a la patria; y en ella une el amor con la gloria, y es toda su gloria el amar, ver, mirar, y adorar su Criador.

O

Ore si quiere alcanzar, pida si quiere conseguir, y busque si quiere hallar; y pues tiene a Dios en todas partes, y no puede salir de Él por el atributo del poder, no se salga del

querer. No hay parte donde no pueda orar, porque no hay donde no asista, y donde no necesite de su liberalidad. Olvídense de todo lo que se acuerda, y sólo se acuerde de este Señor, que es infinito, para que no necesitemos de buscarle. Presente, para que no podamos no hallarle. Amoroso, para que no temamos rogarle. Omnipotente, y sumamente liberal, para que esperemos al suplicarle. Es la oración el alimento del alma; así queda ella sin fuerzas no teniéndola, como sin sustento el cuerpo. Da luz al entendimiento, calor a la voluntad, perseverancia al propósito, gozo y alegría a la vocación. Es el horno de la caridad divina, donde se consumen y cuecen los defectos de las almas. Es el trono de la piedad, donde reparte sus beneficios. Es el tálamo de los amores de Dios, y allí abrasa con secreta llama a las que primero llama. No mires, alma, en la oración, a lo que entonces gozas, o padeces: grandes y ocultas prendas te quedan, aunque entonces no lo sientas. Si andas, en verdad, delante del Señor, nunca dejas de salir más pura y enriquecida.

P

Piense en lo que le importa, y deje lo que le daña, y haga debida ponderación de lo que dura la vida, de lo que vale la gracia, de lo que importa lo temporal, de lo que pesa lo eterno. Siga lo que más importa, vale y pesa, porque la muerte se acerca, la cuenta amenaza, el juicio se llega. Previene cargos el enemigo, va volando al fin la vida, y a una vuelta de cabeza llorará de no haber llorado, gemirá de no haber gemido, padecerá de no haber padecido, y se afligirá de no haberse perseguido y castigado. ¡Oh Señor, que en tan estrecha cuenta nos falte cuenta con ella! ¡Que un juicio tan riguroso no lo ponga a los mortales! ¡Que lleguemos a la muerte con la misma prevención que vivimos en la vida! ¡Y siendo tan desiguales los efectos, sea el cuidado uno mismo! ¿En qué andamos divertidos, fieles? ¿Por ventura no blanquean los huesos de nuestros padres y con mudas voces nos advierten nuestro fin? Alma, si quieres aprovecharte, vive a la muerte, a la cuenta, al juicio; y aunque el amor que sintieres del Señor, te lleve dulcemente entretenida, no olvides estos motivos, que son fuertes, y necesita tu engaño de remedios fuertes.

Q

Quéntese entre los muertos, si quiere vivir y reinar entre los vivos, que el vivir tan vivo entre vivos, hace, después, estar entre los muertos muerto. Sólo viva el alma a Dios, muera el cuerpo a las pasiones; y de la manera padece el muerto sin repugnancia, si deshace sin resistencia, se deshaga nuestra propia voluntad, porque se críe en nosotros la divina; que si el grano de trigo no se deshace, el fruto no nace, y si viviendo no morimos, muriendo no viviremos. ¡Oh qué vivos a lo que no importa nada! ¡oh qué muertos a la suma importancia de las cosas! ¿Pesa más un leve adarme en nuestra comodidad, que en la pública utilidad un monte inmenso? ¡Qué injusta ponderación, dar todo el cuidado a lo vano, y quitárselo a lo bueno! ¡Hacer lo principal accesorio, lo accesorio principal! Busca a Dios, y todo te seguirá, y con Dios es todo, todo, y sin Dios es todo, nada.

R

Rompa el alma cualesquiera lazos con que estuviere asida la propia voluntad a toda cosa criada, que en siendo lazo en la vida interior, es embarazo. Mire bien lo que tiene en sí, y salga luego de sí, y si quiere carecer de la propiedad, retírese a la soledad, que no hay medio para huir de lo que daña, como acercarse a lo que aprovecha. En muchas cosas conviene retirar la persona, para que se halle en paz el espíritu; porque la mayor defensa para la muralla interior, es tener guarnecida la exterior. Por eso dice el Señor, que quiere que sea dos veces huerto cerrado del alma, cerrado a las exteriores peleas, para estarlo con eso a las más interiores y secretas. Como sea propiedad, no pondere el daño por la causa, sino por el efecto; porque si el alma está asida de un cabello, ese basta para no llegar a aquella perfecta unión de amor a que aspira, aunque no esté desasida de la gracia, por ser más rigurosas y delgadas las leyes de la caridad divina, que no las de su justicia, que en las unas sólo castiga lo malo, y en las otras promueve, guía y encamina a lo perfecto. El mismo que sufre como piadoso muchos años, es delgado al gobernar como amante, y aguardando su piedad al bandolero, no consiente los más leves descuidos a la esposa. ¿Por qué, Señor, estáis tan delgado y riguroso con quien más os ama? ¿Tan piadoso con quien os olvida? Porque es muy celoso el amor divino, almas cristianas, y la piedad divina es sin medida. Aquí, como Dios, aguarda, allí, como amante, cela; allí perficiona, aquí espera, aquí gobierna la general providencia, y deja que corra con su curso el daño, dispuesta siempre su piedad al remedio; allí la providencia particular, en las finezas del alma enamorada, busca el consuelo de las penas que le causa la pérdida. ¡Oh Señor, quién fuese alivio a vuestros cuidados!

S

Salga de sí, si quiere estar muy en sí, que si salimos de la tierra luego entramos en el cielo. Es la tierra todo aquello que nos distrae del cielo, y nos envuelve en la tierra, y nos entierra. Para esto sea su conversación en el cielo, y ya parecerá que está en el cielo, que sólo hablando del cielo podemos hacer a la tierra cielo. Nuestra conversación en el cielo, decía san Pablo, y no vivía sino en la tierra; pero tenía los ojos y la conversación donde tenía el amor, y el corazón, en el cielo. Bien podemos hacer de la tierra cielo, con hacer la voluntad de Dios, así en la tierra, como en el cielo. Ni embaraza la ocupación, ni la profesión, ni el cargo, ni la dignidad, ni la pena, ni la felicidad, ni la sanidad, ni la enfermedad, porque de todo, con la gracia divina, se puede hacer caridad. El docto, el ignorante, el rico, el pobre, el ocupado, el solitario, todos pueden hacer cielo su empleo, con ajustarse en él a la voluntad de Dios; y aunque hay muchas diferencias de estados, y unos de más fácil disposición a la perfección, pero ninguno tan inútil, en donde no pueda la caridad del bueno exceder al relajado del estado más perfecto; que en la censura de Dios no se miden los estados, sino las obras, antes la alteza del estado, porque hace más fácil paso a lo perfecto, causa más grave circunstancia a la cuenta, y castigo a la culpa. ¡Oh felicidades infelices, si no las miramos como peligros! ¿Qué importa lo transitorio, si ha de tomarle estrecha cuenta lo eterno? La dignidad y el cargo es pena y carga, no sólo poseída con los trabajos de la vida, sino residenciada en la estrecha censura de la cuenta.

La profesión sacerdotal, la religiosa, la santa, es disposición a mayor gloria; pero la misma no servida, o mal servida, es materia a mayor castigo: y el pobre, y sencillo oficial, si arde en mayor caridad, tendrá el ensalzado en profesión, o dignidad altísima a sus pies, como no le abraza llama igual. Gran consuelo para todos los estados, ver, que no siendo posible a todos entrar en los más perfectos, es posible en todos procurar la perfección.

T

Tema a Dios, si quiere amarle, y tébase a sí, si quiere temer a Dios. Bienaventurado el que está siempre temiendo, dice el Espíritu Santo, que en el camino espiritual los osados caen, y los humildes vencen. Imperfecciones hay, en que el temer es vencer, y en otras el vencer es no temer. Enemigos hay, que se vencen huyendo, y otros embistiendo; y según fueren las pasiones, se han de aplicar los remedios. A la pereza, la diligencia, que consiste en animarse; a la ira, la templanza, que consiste en acobardarse; y cuando parece que queda el ofendido cobarde, porque no se satisface, queda valiente, porque se vence. De esta suerte suele ser flaqueza la valentía, cobardía la venganza; porque cuando él vence al enemigo, le vence a él la pasión, que es su mayor enemigo. El temor de Dios es la prevención de muchos daños y el que excusa muchos riesgos; es el alcaide del alma; el que la conserva en las virtudes y perfecciones, y la aparta de los vicios; es el escudo con que nos defendemos de lo malo, con que nos conservamos en lo bueno. El temor de Dios es el tesoro del amor, porque guarda aquellas joyas que éste granjea. El amor nos lleva a lo mejor, el temor nos contiene en lo bueno, y como no puede sin el positivo subsistir el comparativo, no puede sin el temor el amor. Alma, teme, y teme cuando más amas, que en el amor puede entrar la vanidad, y torciendo a la siniestra, perderte; pero en el temor nadie jamás se perdió. ¡Qué de veces la prosperidad del viento dio con la nave en el escollo! ¡Oh temor santo, que gobiernas siempre a media vela, y con la sonda en la mano! Así has de temer en la seguridad, como en el riesgo, siendo cierto, que en vida tan frágil no hay alguna seguridad.

V

Venga antes bien en obedecer, que en mandar; pero si la mandaren que mande después de haber propuesto sus razones, obedezca, que más vale vivir resignado mandando, que con propia voluntad obedeciendo. Téngase por dichosa el alma que navega por el mar tempestuoso de esta vida en el seguro navío de la santa obediencia, que lo que va de andar con riesgo a ser llevado sin él, va de ir obedeciendo a caminar arbitrando. La alma que obedece tiene el mérito sin el riesgo, porque la culpa que puede suceder en la elección del que manda, no cabe en la resignación del que obedece. Finalmente, no hay más diferencia del mandar al obedecer, que ser aquello peligroso, y esto seguridad y descanso.

X

Xpto. Señor nuestro, y su Madre Santísima María, han de ser tu amparo en la jornada espiritual que comenzare, o continuare, que con ellos tiene todos los Santos y Ángeles del Cielo, pues donde está el Rey está la corte. De Cristo nuestro Señor aprenda en la pasión, si quiere vencer las pasiones, y con la devoción de la Madre asegure en todo, y del todo al Hijo. Ninguna alma verdaderamente devota de la Virgen María se condenó; porque ¿quién ama a la Reina de los ángeles, que ofenda a su Hijo, criador de los ángeles? En la pasión del Señor hallará la compunción, y en la devoción de su Madre el consuelo; porque no hay pena que cause la contrición, que no aliente el amparo de esta Virgen Sacrosanta. Nadie fue al Padre, sino por el Hijo, nadie fue al Hijo, sino por la Madre. Por esta canal de perfecciones altísimas entra en la Iglesia la gracia, esta bendita mano distribuye sus tesoros.

Z

Zelee su alma, si quiere celar las almas, que mejorada la suya, tiene andada mucha parte para mejorar las otras. Comience antes aprendiendo que enseñando, que para hablar poco tiempo, es menester callar mucho. Mírese a sí con sospecha, y con sinceridad a los demás, y tema, que cuando le parece más lisa su voluntad, está ardiendo en amor propio. Los ojos de vista delgada para el prójimo, y grosera para sí, truequelos, si quiere aprovecharse en el camino interior. Apenas le parezcan defectos los ajenos, computados con los propios. Quite la viga al mirarse, y póngasela al mirar. La humildad sea su fundamento, y su alcázar; que si pensare bajamente de sí, irá creciendo, y cuando piense que empeora, y sólo para sí es pequeño, será para Dios y para todos grande.

Quien prácticamente, fieles, supiere este Abecedario, poco le queda que aprender, y menos que desear.